

los dioses y las hazañas heroicas honraron también aquella nueva libertad. Valerio, que viene á hacerse sospechoso por su casa de piedra edificada en la Velia, por encima del Foro, la hace demoler en una noche, y merece por sus leyes populares el sobrenombre de *Poplicola*; Horacio, á quien se anuncia durante la dedicación del Capitolio la muerte de su hijo, parece no oír nada de esta desgracia doméstica, porque está rogando á los dioses en favor de Roma; en fin, cuando Tarquino arma á Pórsena contra su antiguo pueblo, Horacio Cocles defiende solo el puente Sublicio contra todo un ejército; Mucio Escévola pone la mano en un brasero castigándose á sí mismo ante el asombrado Pórsena, por haberse equivocado al dar muerte, en



Los Dioscuros dando de beber á sus caballos en la fuente de Iuturna (1)

la mano en un brasero castigándose á sí mismo ante el asombrado Pórsena, por haberse equivocado al dar muerte, en



Medalla conmemorativa de la batalla de Regilo (2)



Medalla de la gens Mamilia (3)

lugar de este rey, como era su intención, á uno de sus oficiales; y Clelia, entregada en rehenes al príncipe etrusco, se evade de su campo y atraviesa á nado el Tíber (4). Viene luego el canto guerrero de la batalla del lago Regilo (5), el úl-

(1) Medalla de plata de los Albini, descendientes de Postumio.

(2) Los descendientes del dictador hicieron grabar, en recuerdo de su victoria, una medalla, representando por el anverso la cabeza de Diana y por el reverso tres jinetes pisoteando á un enemigo.

(3) Esta raza pretendía descender de Ulises, y ponía la imagen de este príncipe en sus medallas.

(4) Entre la guerra etrusca y la guerra latina pone la tradición otra contra los sabinos, que habría durado cuatro años, de 505 á 501, y durante la cual el sabino Ato Claudio (Apio Claudio), rico ciudadano del Lacio, que se había opuesto á las hostilidades, había emigrado á Roma, en cuyo Senado habría ingresado, mientras su familia entraba en el rango de las nuevas gentes patricias.

(5) Pietro Rosa cree haber encontrado el lago Regilo en el pantano desecado que hay á 15 ó 16 millas de Roma, camino de Palestrina.

timo esfuerzo de Tarquino, que abandonado ya de Pórsena, había conseguido levantar el Lacio. Todos los jefes se encontraron allí en combates singulares, y perecieron ó fueron mal heridos. Los dioses mismos, como en los tiempos homéricos, hubieron de tomar parte en esta última lucha. Durante la acción, dos jóvenes guerreros de descollada estatura, montados en caballos blancos, combatieron á la cabeza de las legiones, y fueron los primeros que penetraron en las trincheras enemigas. Cuando el dictador Aulo Postumio quiso darles la corona obsidional, los collares de oro y los ricos presentes prometidos á los primeros que entraran en el campamento real, habían desaparecido los dos gallardos y valerosos mancebos de los caballos blancos. Pero la misma noche hubieron de ver en Roma á dos héroes cubiertos de sangre y polvo, los cuales lavaron sus armas en la fuente de Iuturna y anunciaron al pueblo la victoria. Eran los Dioscuros Castor y Polux.

A fin de que nadie pudiera dudar de su presencia en medio del ejército romano, se enseñó por espacio de siglos la gigantesca huella de un pie de caballo en la roca del campo de batalla, y Roma, que tenía orgullo en presentarse como objeto de la constante solicitud de los dioses, consagró esta leyenda erigiendo á los divinos hijos de Zeus y de Leda un templo, que vino á ser de los más célebres de la ciudad eterna.

La victoria fué sangrienta. De parte de Roma, tres Valerios, Herminio, compañero de Cocles, y Ebucio, maestre de la caballería, quedaron en el campo de batalla muertos ó heridos. De parte de los latinos, Octavio Mamilio, el dictador de Alba, y Tito, el último hijo de Tarquino, sucumbieron igualmente. El mismo rey, causa de tantos desastres, herido de una lanzada, no sobrevivió á su desdichada raza y malhadadas esperanzas, sino para ir á acabar los días de su triste y miserable vejez á la corte de Aristodemo, tirano de Cumas (496).

Los Tarquinos están muertos; los fundadores de la república han desaparecido uno tras otro; los tiempos de los héroes y de las leyendas han acabado: ahora comienzan los del pueblo y de la historia.

(6) Gran bronce de Antonino. A la izquierda la loba, á la derecha el Tíber.



Roma sentada sobre las siete colinas (6)

CAPÍTULO II

CONSTITUCION DE ROMA DURANTE EL PERIODO REAL. — ORGANIZACION PRIMITIVA

I. — ORIGENES DE LA HISTORIA ROMANA

La influencia que la literatura griega ejerció en la literatura latina se extendió á la historia de Roma: se ha visto ya la prueba y se verán muchas otras. Sin embargo, el uso



Medalla conmemorativa del tratado con Gabias (1)

de la escritura era menos raro de lo que se ha dicho en la Italia antigua. Si se rechaza con razón el descubrimiento de los libros de Numa, el tratado con Cartago en 509, cuyo original leyó Polibio, el tratado con Gabias, el de Espurio Casio con los latinos, que vió Cicerón, las leyes reales, reunidas después de la partida de los galos, prueban siempre, que se empleaba la escritura, durante el período real, á lo menos para los actos públicos y también para conservar la memoria de los hechos importantes.

Al rededor de Roma los pueblos tenían también monumentos de su vida nacional. En tiempo de Varrón existían aún historias etruscas, escritas hacia mediados del siglo IV antes de nuestra era. Cumas había tenido sus historiadores, y cada ciudad sus anales grabados en láminas de plomo ó de bronce, en tablas de encina, ó bien escritas en telas de lino como en Anagni y en Preneste. Ninguna duda cabe en que la nación de los volscos, poderosa tanto tiempo, hubiera poseído, como los hérnicos y los latinos, monumentos escritos. Dionisio hace mención de sus cantos de guerra, Silio de los de los sabinos, y Virgilio, tan docto como Varrón en las cosas de la vieja Italia, habla de los cantos nacionales de los *prisci Latini*.

Inscripciones en bronce y en piedra, recuerdos, nombres grabados en los monumentos ú otros lugares, como el *Poste de la Hermana*, la *Via Scelerata*, y las tradiciones orales que vivían en las familias, podían ayudar á las investigaciones sobre la historia primitiva. Pero los más antiguos analistas romanos vivían en la época en que Roma, dueña de Italia, entraba en relaciones con la Grecia; se deslumbraron con el esplendor de la literatura helénica, y desconociendo la importancia de los documentos indígenas, cuya aridez era fatigosa, se hicieron discípulos de los mismos que acababan de someter. Hubo entonces como una doble conquista hecha en sentidos opuestos: los griegos vinieron á ser súbditos de Roma, los romanos discípulos de la Grecia, y la educación etrusca de los jóvenes patricios fué reemplazada por la educación griega y el viaje á Ceres por el viaje á Atenas (2). Mucho tiempo an-

(1) Medalla de Antistio Vetus. En el anverso, cabeza de Augusto con la indicación de su 8.º poder tribunicio; en el reverso dos feciales inmolando un puerco sobre un altar encendido, y las palabras *FÆD(us) CVM GABINIS*, alianza con los Gabinos.

(2) Tito Livio, IX, 36: *Habeo auctores vulgo tum* (en el siglo V de Roma) *Romanos pueros, sicut nunc Græcis, ita Etruscis litteris erudiri solitos.*

tes de que los romanos pensarán en Atenas, la influencia de la Grecia se había hecho sentir en el centro de Italia, entre los etruscos y entre los romanos. Los libros sibilinos estaban escritos en griego, y el embajador de Roma á los tarentinos les habló en esta misma lengua.

Por una singular extravagancia, los romanos aprendieron de los griegos su propia historia, quiero decir la que los griegos les hicieron. El carácter épico que la influencia de Homero y de Hesíodo había dado á la prosa narrativa de los helenos, pasó á los escritos de los analistas de Roma. Dos de sus primeros historiadores fueron dos poetas épicos, Ennio y Nevio, y Dionisio decía de sus obras: «Se parecen á las de los analistas griegos;» y añadía por Catón, Sempronio y otros: «Han seguido la fábula griega.» Tácito y Estrabón les hacían el mismo cargo. Así, las naciones de la Europa occidental olvidaban en la Edad media su verdadero origen por los pedantescos recuerdos de la antigua literatura. Los francos se creían descendientes de un hijo de Hector; los bretones, de Bruto, y Reims había sido fundada por Remo.

Sobre el origen de Roma y de Rómulo, sólo Plutarco refiere hasta doce tradiciones diferentes, las cuales tienen casi todas el sello de la imaginación helénica, y aquella en que se fija por ser la más extendida, no era sino la narración del griego Diocles de Pepareto, seguida por un soldado de la segunda guerra púnica, Fabio Pictor, el más antiguo de los analistas romanos y el primer embajador de Roma en Grecia.

Sin embargo, siendo la organización enteramente religiosa é interviniendo los sacerdotes á cada instante en los negocios públicos, estaban interesados los pontífices en conservar con toda la exactitud posible la memoria de los acontecimientos. Con esto tenían los romanos los *Anales de los Pontífices*, ó *Annales Maximi*, los *Fastos de los Magistrados* (*Fasti Magistratum*), los *Fastos Triunfales* (*Fasti Triumphales*), las listas de los censores, etc. Sino que estos anales tenían un laconismo que abría campo á las interpretaciones y á las fábulas.

Fuera de esto, hechos día por día, para conservar la memoria de los tratados, los nombres de los magistrados y los acontecimientos importantes, databan sólo de la época en que la sociedad romana, regularmente constituida, sintió la necesidad, necesidad solamente, de darse cuenta á sí misma de sus actos y de sus relaciones con sus vecinos. Más allá, no hay más que tinieblas mitológicas, y este es el libre espacio en que tomó vuelo la imaginación de los griegos, que se apoderaron de este período para llenarlo á satisfacción de sus deseos é intereses. Ahora bien, en su propia historia, no habían conservado de los tiempos antiguos más que un gran recuerdo, el de la guerra de Troya, y á este acontecimiento refirieron la primera historia de Italia. Hacia Italia condujeron á los héroes troyanos, que pudieron librarse del saqueo de la ciudad, ó á los héroes griegos alejados de su nación por la tempestad, y cada ciudad italiana de alguna importancia tuvo un héroe de una ú otra raza por fundador.

Nótese que los griegos hallaban igualmente ventaja en esta doble manera de enlazar á su historia á Italia y Roma, por sus propias colonias y sus establecimientos troyanos, por Evandro y Eneas, por Ulises y Antenor. Remontarse á Troya era para los griegos subir á una época de gloria y de poder, y por otra parte á la vez que ennobleciendo con sus leyendas los comienzos de Roma y del Lacio, vengábase indirectamente los griegos, mostrando esta ciudad y este pueblo formados por fugitivos que á duras penas pudieron escapar de la victoriosa espada de los helenos. Para Roma, aceptar este origen no era desmerecer, como quiera que Troya era el nombre más ilustre de toda la antigüedad, el nombre del Estado más poderoso del antiguo mundo; su reputación era inmensa, como su gloria, y sin embargo no podía inspirar celos ni recelos, porque Troya no existía hacía ya mucho tiempo. Era por otra parte también enemiga de la Grecia. Roma no se hubiera dejado decir con el mismo agrado que provenía de Macedonia, de Esparta ó de Atenas; pueblos de reciente fama. De los muertos gloriosos no se tienen celos; su herencia es un nuevo título; una nueva ilustración.

En la época de la primera guerra púnica, la creencia en el origen troyano de los romanos era popular: se ve en la inscripción de Duilio, donde los Egestinos, que eran considerados como una colonia troyana, se llamaban *cognati Populi Romani*, parientes del pueblo romano. Después de *Cinocéfalos*, uno de los primeros cuidados de Flaminio, que no quería pasar por bárbaro, fué poner en Delfos una inscripción, que llamaba á los romanos raza de Eneas. Cuando la familia Julia hubo logrado el imperio, esta creencia vino á ser un artículo de fe política, y á ejemplo de los romanos, los italianos reivindicaron á porfía tan ilustre origen. Compráronse genealogías troyanas, como en el siglo pasado compraban marquesados nuestros padres, y en tiempo de Dionisio (1), cincuenta familias romanas, los *troyugenas*, tenían la pretensión de descender de los compañeros de Eneas.

Por lo demás, aun cuando Eneas se hubiera establecido verdaderamente en el Lacio, como según la más antigua tradición, no vino á este país sino con un solo barco y un pequeño número de troyanos, el hecho no tendría importancia más que para la vanidad de algunas familias, ninguna para la civilización del país.

II. — ORIGEN PROBABLE DE ROMA.

Todos los grandes pueblos han rodeado su cuna de narraciones maravillosas. En Egipto, el reinado de los dioses y de los semi-dioses precede al de los hombres. En Persia, Dschemschid abre con una hoz de oro el seno de la tierra y echa lejos á los *Djinn*s. En Troya, Apolo y Neptuno construyen con sus propias manos los muros de la ciudad de Príamo. Roma no quiso tener origen menos noble, y ocultó su oscuro nacimiento bajo brillantes ficciones, viniendo á ser así un jefe de aventureros, el divino hijo de Marte, el nieto del rey de Alba, el descendiente de Eneas. Si se reclama en nombre de la verdad histórica, contesta Tito Livio con el derecho de la victoria. «Tal es, dice con una altivez de estilo majestuosa, tal es la gloria del pueblo romano en la guerra, que cuando proclama con preferencia al dios Marte por su padre, por el padre de su fundador, tienen que sufrirlo las naciones con la misma resignación con que sufren nuestro imperio (2).»

(1) Antig. Rom. I, 85.

(2) In proemio. Cic. (de Rep. II, 2) dice también: *Concedamus fa-*

De esta idea singular de los derechos del historiador ha resultado que los acontecimientos fueran para el grande analista de Roma, como esas materias que el retórico desenvuelve en relaciones y discursos y vienen de la escuela más bien que del campo de batalla ó del foro. Este velo cargado de preciosos bordados, es el que ha de levantarse respetuosamente para hallar los vestigios de verdades que se ocultan debajo de él.

De estas tradiciones la menos inverosímil es el rapto de las sabinas, acción muy frecuente en las edades heroicas. Esta violencia concuerda bien con la historia del asilo: los refugiados del Palatino robando mujeres estaban en carácter y las uniones eran adecuadas, hacían juego. El rapto, por otra parte, fué la forma primitiva del casamiento y su recuerdo se conservó hasta los últimos días de la Roma pagana en las ceremonias nupciales (3). Pero el hecho del rapto de las sabinas no puede conciliarse con la leyenda que supone que Roma era una colonia de Alba, porque en tal concepto, hubiera tenido el llamado *connubium*, ó derecho de casamiento reconocido por la metrópoli, y nadie se hubiera atrevido á rechazar el enlace conyugal de aquel hombre de raza real y hasta divina. También se ha exagerado mucho el carácter violento de la antigua

Roma, haciendo de ella una especie de campo atrincherado, de donde salían sin cesar el pillaje y la guerra. Era una consecuencia de la idea de que esta ciudad fué fundada por una cuadrilla de bandidos; pero la severidad de las primeras instituciones romanas, el patriciado, los privilegios políticos y religiosos de los grandes se avienen mal con el recuerdo de una cuadrilla de hombres reunidos al azar y dados á todos los desórdenes por largo tiempo.

No es que pretendamos rechazar la existencia de Rómulo; solamente los himnos cantados aun en tiempo de Augusto y que conservaban la poética historia del primer rey de Roma, serán para nosotros pura fábula como las que tienen todos los viejos pueblos, y cuya semejanza sería fácil encontrar en otras tradiciones nacionales. Así, como Rómulo, Semíramis es hija de una diosa; como él, como Ciro, expuesta en un bosque y lactada por una perra, fué abandonada en el desierto, alimentada por palomas y recogida por un pastor del rey. Su historia es también sangrienta: si Rómulo mata á su hermano, Semíramis hace perecer á su esposo, y después de un largo reinado, desaparece misteriosamente; pero algunos la han visto subir al cielo y su pueblo le tributa honores divinos.

Más cerca de Roma, en el Lacio mismo, Céculo, hijo de Vulcano y fundador de Preneste, es abandonado al nacer y

me hominum... Y más adelante: *Ut a fabulis ad facta veniamus.* «No debemos vituperar, dice, á los que, reconociendo un genio divino en los bienhechores de los pueblos, han querido atribuirles un nacimiento divino.» ¡Singular regla de crítica! Añádase, para mostrar las dificultades que hacen tan penoso el trabajo de los modernos, que se han perdido los más antiguos historiadores de Roma: Diocles de Pepereto, Fabio Pictor, los *Anales* de Ennio, los *Orígenes* de Catón, la historia de Casio Hemina, y que Tito Livio, Dionisio y Plutarco, que pudieron leer estas obras, rara vez están de acuerdo.

(3) La desposada era como arrebatada á la fuerza de la casa paterna, y se la levantaba para hacerle pasar el umbral de la casa conyugal. Este último uso existe aún en algunas aldeas de Inglaterra, á donde pudo ser introducido por los mismos romanos; pero es general en China (Dion. *The Folk-Lore of China*) y entre los esquimales, lo que debilita la prueba que pudiera sacarse de aquí en favor de la leyenda de las sabinas.

(4) L. TITVRI. Moneda de plata de un Sabino Titurio.



Rapto de las sabinas (4)

criado por animales fieros. Para poblar su ciudad, que iba quedándose desierta, convocó á los pueblos vecinos á juegos solemnes, y cuando de todas partes hubieron acudido, las llamas rodearon la reunión...

En la Sabina, Medio Fidio ó Sanco, que vino á ser el dios nacional de los sabinos, había nacido también de una virgen sorprendida por Marte Enyalio en un templo de Reate, y como Rómulo, había fundado una ciudad, Cures, que, según la tradición, es la segunda metrópoli de Roma. Estas fábulas, que se encuentran hasta á orillas del Ganges, en la historia de Chandragupta, eran con muchas otras el patrimonio común de los pueblos de raza ariana.

Para nosotros, Rómulo, descendiente, si se quiere, de la casa real de Alba (1), será uno de tantos caudillos ó jefes de guerra como hubo en la antigua y nueva Italia, el cual vino á ser rey de un pueblo, á quien la posición de Roma (2), la habilidad de su aristocracia y otras muchas circunstancias favorables dieron el imperio del mundo.

Numerosos testimonios (3) prueban que mucho tiempo antes de que Rómulo trazara un surco al rededor del Palatino, estaba habitada esta colina. Había allí una vieja ciudad latina, la ciudad del Tíber, *Ruma*, con las costumbres y leyes del Lacio y de la Sabina, el patriciado, la autoridad paterna, el patronato, la clientela, un senado y acaso un rey; en una palabra, una organización política y religiosa, ya antigua, que Rómulo, latino también, no habría hecho más que adoptar. Habría ido allí á establecerse con su gente victoriosa (4), los *celsi Ramnenses*, dando á la antigua ciudad un aspecto nuevo y costumbres más belicosas. Con este título, habría muy bien podido pasar por su fundador, y sus compañeros por jefes de las familias patricias. La nobleza de Inglaterra tan poderosa y altiva ¿no descende de los aventureros que habían seguido á Guillermo de Normandía?

A pesar de los desdenes de Niebuhr, tan duramente expresados á veces para los que buscan en estas leyendas antiguas hechos históricos, puede admitirse el rapto, por los celsos Ramnenses, de algunas mujeres sabinas (5), y en virtud de una transacción, la ocupación del Capitolino y del Quirinal por los sabinos de Cures (6). Las dos ciudades permanecieron separadas, pero sus habitantes se reunían en la planicie que se extendía entre las tres colinas. Circunstancias que la leyenda explica como le conviene,

(1) En la tradición es nieto y el único heredero de Numitor. Sin embargo, no le sucede, y la familia de Silvio es sustituida en el trono de Alba por una familia nueva, por Cluilio, rey ó dictador. Roma se dice colonia de Alba, y con todo eso, no hay entre las dos ciudades ninguna alianza, ni la metrópoli defiende á su colonia contra los sabinos.

(2) Colocad á Roma en otro punto de Italia, dice Cicerón (de República, II, 5), y su dominación viene á ser casi imposible.

(3) Roma ante Romulum fuit et ab ea sibi Romulum nomen adquisivisse Marianus, Lupercaliorum poeta, ostendit (Filarg. ad Virgilius Ecl. I, 20). Sólo las ciudades fundadas en un día preciso por una colonia tienen una fecha cierta; las demás han sido aldeas, villajos, villas, etc. En París y Londres ¿cuándo comenzó la aldea?

(4) Festo (s. v. *Ver sacrum et Mamertini*) atribuye el origen de Roma á una *primavera sagrada*. Siempre es la idea de una ocupación del Palatino por una fuerza armada.

(5) En el más antiguo de los historiadores de Roma, Fabio, el número de las sabinas robadas no pasa de treinta. Valerio Antias cuenta ya nada menos que quinientos veintisiete, y todavía Juba seiscientos tres.

(6) La lanza (*quir*) era el arma nacional de los sabinos y el símbolo de su principal divinidad. De aquí los nombres de *Cures*, *Quirites*, *Quirinal*, *Quirinus* y acaso *cuvia*. Los dos pueblos reunidos se llamaron *Populus Romanus Quirites*, omitiendo la conjunción *et*, según el uso de la vieja lengua latina. Después se dijo: *Populus Romanus Quiritium*.

trajeron la reunión, bajo la autoridad de un solo jefe, de las dos poblaciones establecidas en el Capitolio y el Palatino. De cualquier manera que esta alianza se produjera, la historia debe conceder á los sabinos una parte considerable y acaso preponderante en la formación del pueblo romano.

Pero si no podemos atravesar ese velo de poesía que oculta los hechos reales, estudiemos á lo menos las instituciones que las circunstancias y las costumbres antiguas han producido. Esto nos es posible, y como Cuvier reconstruía con algunos huesos rotos los seres que ya habían desaparecido, reconstruiremos nosotros con algunos restos antiguos la sociedad cuyas leyendas no nos dan más que la interesante pero engañosa imagen.

III. — PATRICIOS Y CLIENTES

Roma no tuvo legislador como las ciudades griegas: su constitución fué obra del tiempo, de las circunstancias y de los hombres. De aquí incertidumbres sin cuento. Las más antiguas tradiciones presentan al pueblo dividido en tres tribus: los *Ramnenses* (7) ó compañeros de Rómulo, los *Ti-tienses* ó sabinos de Tatio, y los *Luceres*, cuyo origen se refiere á un jefe etrusco, á Lucumon (8), que habría ido con numerosa gente á ayudar á Rómulo á construir su ciudad y á ganar sus primeras victorias. Pero la inferioridad política de esta última tribu, que no tuvo al principio senadores ni vestales, haría pensar en una población vencida: acaso los antiguos habitantes de la ciudad habrían quedado hasta Tarquino bajo el golpe de la conquista.

La tribu se dividía en diez *curias* y la curia en diez *decurias*; y estas divisiones, que eran también demarcaciones ó distritos territoriales y militares (9), tenían sus jefes llamados *tribunos*, *curiones* y *decuriones*.

En cada tribu había encerrado cierto número de familias políticas ó *gentes*, las cuales no se componían solamente de hombres de la misma sangre, sino también de hombres ligados entre sí por mutuas obligaciones, por el culto de un héroe venerado como ascendiente común (*sacra gentilitia*) y por el derecho de heredarse unos á otros, á falta de testamento ó de herederos naturales (10); derecho que recuerda que en el origen la propiedad había sido común. Así se había podido reducir el número de estas familias políticas á una cifra poco elevada: 200 al principio, 300 después, y no dar más que 3,000 ciudadanos á la ciudad de Rómulo; pero hay que admitir que estas cifras, como en Inglaterra las palabras *hundred*, *tithing*, no eran una expresión aritmética rigurosamente exacta. Además por estos 3,000 ciudadanos de la primitiva Roma sólo se entienden los patricios.

Ahora bien, á estos jefes de gentes se refieren numerosos clientes: en la tradición, solamente la *gens* Apia cuenta 5,000, la *gens* Fabia 4,000, y Coriolano podría formar con los suyos un ejército. Aceptemos la cifra de 300 casas patricias y por cada casa el término medio de 100 clientes, y tendremos una población de más de 30,000 hombres.

(7) *Celsi Ramnenses* (por Romanenses).

(8) Cic. de Rep. II, 8; Fest. s. v. *Lucerenses*, de *Lucerus*, rey de Ardea; según otros, de *lucus*, el bosque de asilo. En este caso los *Luceres* serían los que se refugiaron en el asilo.

(9) Varron (de Ling. lat. V, 35) habla de una división del territorio en tres partes para las tres tribus; Dionisio (II, 7) de una división en treinta lotes para las treinta curias.

(10) En lugar de *gens* suele encontrarse *genus*, que explica claramente la palabra *gens*. Así *Cilnium genus* (Tito Livio, X, 3-5). P. Diac. (p. 91) dice también: *Gentilis dicitur et ex eodem genere ortus et is qui simili nomine appellatur*.

Por lo demás, aunque estas cifras fueran de pura fantasía, no dejaría de ser la *gens* el fondo ó base de la organización primitiva de Roma, como lo ha sido en muchos otros pueblos. Por más que se retroceda en la historia, siempre se encuentra la familia natural ó ficticia como elemento primordial de la sociedad. Los *γέν* griegos, el *clan* escocés, el *sept* irlandés, corresponden á las *gentes* romanas; y la misma organización se encuentra en la Frisia, entre los ditmarsos, los albaneses, los eslavos, etc. En la Argelia, el *duar* árabe y la *deche*



Moneda de la familia Fabia

ra kabila se asemejan á la *gens* romana, el *cheick* y el *amine* al *paterfamilias*, y los jefes de los *duares* y *decheras* como los *patres* en la curia, discuten en la *djemma* los intereses de las familias que representan. La historia mejor estudiada enseña que algunas costumbres mucho tiempo consideradas como particulares á ciertos pueblos, han sido instituciones generales y representan una de las etapas de la humanidad.

Así la *gens* envolvía á todos los miembros con un vínculo de parentesco real ó ficticio. La curia era esta misma familia agrandada, y la tribu era otra familia más completa. Cada curia tenía sus días de fiestas y sacrificios, sus sacerdotes y sus dios protector. La religión aproximaba más aún á los que la sangre y la condición social unían ya. Todo el Estado romano descansaba en esta base de la familia y tuvo su fuerte disciplina.

Los miembros de una *gente*, decíamos, se dividían en dos clases: los que pertenecían á ella por el derecho de la sangre y los que estaban asociados por ciertas relaciones.

Los primeros, patronos ó *patricios* (1), eran el pueblo soberano, á quien todo pertenecía y que tuvo los dos grandes signos exteriores de la nobleza de la Edad media, los nombres de familia y los escudos de armas, es decir el *ius imaginum*, armas parlantes, mucho más imponentes y nobles que todas las divisas feudales, pues parecía que los mismos antepasados vestidos con las insignias de sus cargos guardaban la entrada de la casa patricia. En las ceremonias fúnebres, individuos que por sus facciones y su talante se parecían á los personajes que se querían representar, se ponían el traje y los *honores* que éstos habían llevado, rodeando así al muerto patricio del cortejo vivo de sus mayores.

Más tarde tuvieron otra forma de *armas parlantes*, la representación en medallas de los objetos que su nombre recordaba. Así, Aquilio Floro, una flor; Quincio Mus un ratón; Voconio Vítulo, un becerro; Pomponio Musa, las nueve musas en nueve medallas diferentes, etc. Costumbre infinitamente más modesta, que acaba por ser un juego de ingenio, pero que había servido al principio para recordar actos heroicos, como el collar de Manlio y sin duda el martillo de Publicio y el hacha de los Valerios.

La segunda clase de los miembros de la *gens* comprendía á los extranjeros domiciliados en la ciudad, á los vencidos trasladados á Roma, á los antiguos habitantes del territorio, á los pobres, los libertos, á todos aquellos, en fin, que habían preferido al aislamiento y á una libertad precaria ó sin garantías, la dependencia de los grandes y fuertes, pero también su protección: estos eran los *clientes*, que pudiéramos llamar los vasallos.

El patricio ó patrono, palabras sinónimas entonces, arrendaba una tierra á su cliente, ó á falta de tierra dábale una *sportula*, es decir, alimentos (2); debía velar por todos sus

(1) *Patricios Cincius ait, in libro de Comitibus, eos appellari solitos qui nunc ingenui vocantur* (Fest. s. v. *Patricios*).

(2) *Agrorum partes attribuebant tenuioribus* (Fest. s. v. *Patres*).

intereses, seguir sus pleitos, asistirle en justicia, hacer, en una palabra, por él, lo que el padre hace por sus hijos, lo que el patrono por sus libertos. La ley no aseguraba al cliente ningún recurso contra su patrono; pero la religión consagraba el patrono á los dioses, si hacía agravio al que necesariamente debía proteger. El cliente por su parte tomaba el nombre de familia de su patrono, *nomen gentilicium*, y al morir recibía asilo en su sepulcro (3) le ayudaba á pagar su rescate, sus multas, sus gastos de litigio, la dote de sus hijas, y todo lo necesario para llenar sus funciones y sostener la dignidad de su clase. Estábales recíprocamente prohibido citarse en justicia, atestiguar y votar uno contra otro, y hubiera sido un crimen de parte del cliente sostener un partido contrario á su patrono.

La clientela era, pues, una disminución considerable de la libertad del cliente, y para él una semi-servidumbre. Tal fué efectivamente en los antiguos tiempos la fuerza de este

probablemente en las mismas condiciones que el Estado impuso á los arrendatarios del dominio (V. Apian. Bell. civ. I, 7. - Dionis. II, 10). Aquí se encuentra el pasaje principal sobre la clientela. El nombramiento para una magistratura curul rompió más tarde los lazos de la clientela.

(3) *Jus sepulcrí* (Cic. de *Leg. II*, 22).

(4) Moneda de L. AQUILIO FLORO III VIRO (triunviro monetario), que representa por el reverso una flor abierta; áureo de Augusto.

(5) Q. VOCONIO VITULO. Reverso de un denario del tiempo de César.

(6) POMPONIO MUSA. Cabeza laureada de Musa; por detrás un borceguí.

(7) TI. Q. TIBERIO QUINCIO MUS, miembro desconocido de la familia Quincia. Medalla de plata representando un ratón (en latín *mus*) á los pies de los caballos que guía el jinete; en el exergo, D. S. S., es decir, de *Senatus sententia*, grabado por orden del Senado.

(8) Martillo en una corona de laurel. El *acisculum* era una herramienta *quo utuntur lapidice ad excavandos lapides* (Forcellini, s. v. Reverso de un quinario de plata de la familia Valeria.

(9) Anverso: cabeza de Palas y encima un mazo (*malleolus*). Reverso: C. MALL. (*Caius Malleolus*); hombre desnudo, con el pie sobre una armadura; por delante un áncora, por detrás una proa de navío.

Denario de la familia Publicia.

(10) L. TORQUAT. III VIR. Tripode encerrado en un collar (*torques*). Denario de Manlio.

(11) L. THOR. BALB. Lucio Torio Balbo. Denario de la familia Toria.

(12) P. ACCOLEIUS LARISCOLUS. P. Acoleyo Lariscolo. Busto de Climene, madre de Faetón; en el reverso tres hermanas de Faetón transformadas en pinos.



FLORO (1)



BECERRO (5)



Musas (6)



Ratón (7)



PICO (8)



Mazo (9)



Collar (10)



Toro (11)



Mujeres transformadas en árboles (12)

Armas parlantes

lazo, que si el patrono era desterrado, ó si él mismo abandonaba la patria, los clientes le seguían en tierra extranjera. Pero en 390 Camilo partió solo; el lazo se había relajado, y algunos años después estaba para romperse, cuando Mamilio creyó que sería escuchada su palabra, si proponía á los clientes armarse contra sus patronos (1). En aquella época se hallaban algunos en el camino de la fortuna: un siglo más tarde estarán en el del poder: los Marcelos, por ejemplo, que habían estado bajo la clientela de la *gens* ó familia Claudia. La *gens* perderá, pues, su carácter social y religioso, pero subsistirán hasta Constantino restos considerables de ella. Con las conquistas de la república se extenderá el patronato á ciudades y pueblos enteros; de modo que en las guerras civiles la fuerza de los jefes será doble. Bajo el imperio será un lazo precioso entre los senadores de Roma y las ciudades de provincias, entre el rico y el pobre; y dispensará á aquella sociedad de tener las instituciones de caridad que el cristianismo multiplicará por todas partes, cuando haya desaparecido la clientela.

IV. - EL SENADO, EL REY, LOS PLEBEYOS

Los miembros de las *gentes*, de condición absolutamente libre (*ingenui*), ó los compañeros de armas (*comites*), es decir los patricios, se reunían en el *Comicio* (2) repartidos en treinta curias (*asamblea curiada*), y allí, por mayoría de sufragios, pero sin discusión, hacían las leyes, decidían de la paz y de la guerra, recibían las apelaciones, y nombraban para los cargos públicos ó religiosos. Allí también aprobaban ó rechazaban los testamentos que modificaban la propiedad de los ciudadanos y las adopciones que cambiaban su estado civil.

Los jefes de estas *gentes*, ó los ancianos (*seniores*, y de aquí *senadores*), en número de ciento al principio y de doscientos después de la unión con los sabinos, y de trescientos después de la admisión de las *gentes menores* en el reinado de Tarquino, eran los guardianes ó custodios de las costumbres nacionales (3). Rehusando la autorización de presentar una rogación á la asamblea de las curias, hacían á ésta impotente, y consejo del magistrado supremo, lo ilustraban con su dictamen en sus actos de gobierno, como también en las proposiciones que hacía al pueblo.

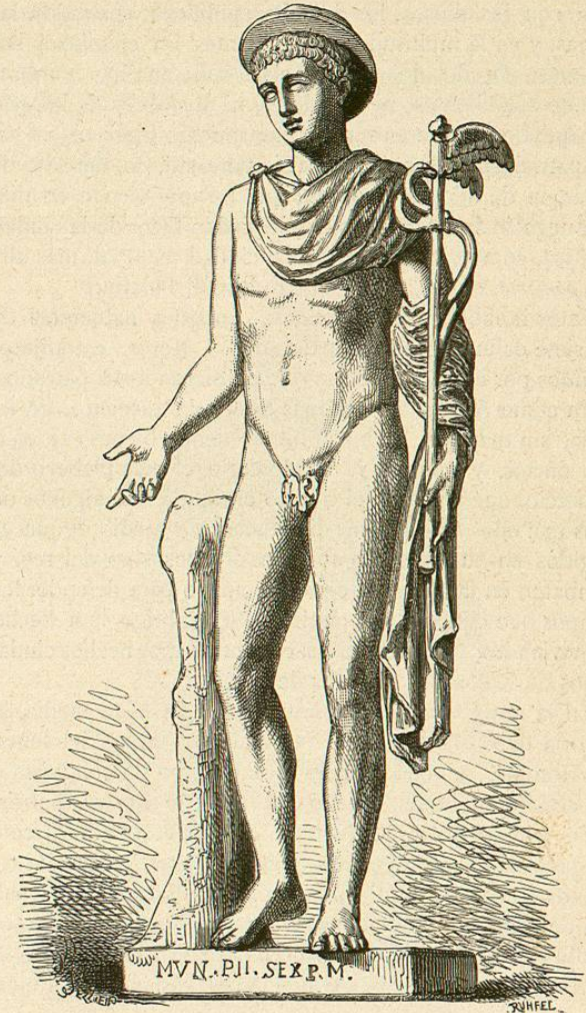
Elegido de por vida por la asamblea curiada, llenaba el rey las triples funciones de generalísimo, de sumo sacerdote y de juez supremo. Cada nueve días, según la costumbre etrusca, administraba justicia ó establecía jueces que la administraran en su nombre. En tiempo de guerra y *extramuros* su autoridad era absoluta, así para la disciplina como para la repartición del botín y de las tierras conquistadas, en que también tenía parte; de modo que poseía, á título de bienes del Estado, dominios considerables. Los extranjeros, extraños, es decir los plebeyos, le estaban sometidos en todo tiempo y lugar.

(1) Tito Livio, VI, 18.

(2) *Comitium*. Era la parte del Foro más próxima al Capitolio. Al principio distinto del Foro ó plaza pública, se confundió con él cuando se unieron los dos pueblos. El Comicio estaba dominado por una plataforma, donde había un altar consagrado á Vulcano, el *Vulcanal*. Los reyes, y luego los cónsules y el pretor, administraban allí justicia.

(3) Habitualmente residían en la curia Hostilia, construída enfrente del Comicio al pie del Capitolio (Tit. Liv. I, 30); después se reunieron en uno de los templos de la ciudad y siempre en un lugar consagrado por los auspicios. Deliberaban á puerta abierta. Esta semi-publicidad de las sesiones estuvo mejor garantida cuando se permitió á los tribunos del pueblo sentarse á la puerta de la curia.

El rey convocaba el senado y la asamblea soberana, nombraba á los senadores, velaba por la conservación de las buenas costumbres y por el cumplimiento de las leyes, y formaba el censo ó empadronamiento. Seis siglos después se encontrarán estos derechos en las prerrogativas de los emperadores. Pero se podía apelar al pueblo, es decir á la asamblea curiada ó patricia, de los juicios del rey, y no se podrá hacer lo mismo con las sentencias del emperador; diferencia que basta para marcar el poder limitado del uno y la autoridad absoluta del otro. Y he aquí otro freno omnipotente que no existirá en el imperio: los augures, los



Mercurio encontrado en Palestina (4)

sacerdotes, como nombrados de por vida, no tenían que temer nada del rey, y podían suspender sus resoluciones haciendo intervenir á los dioses.

Dícese que tenía para su guardia personal trescientos caballeros ó *cleres*; pero estos jinetes, escogidos entre los más ricos ciudadanos, no eran verosimilmente sino una división militar de las tribus, la cual formaba en tiempo de guerra la caballería de las legiones (5). Su jefe, el tribuno de los *cleres*, era, después del rey, el primer magistrado de la ciudad; igualmente en la república, el *magister equitum*, lugarteniente del dictador, será el segundo personaje del Estado. Cuando el rey salía de Roma, un senador que había elegido entre los diez primeros de la asamblea, gober-

(4) Museo Pio Clem. p. 6.

(5) La escuela de Niebuhr encierra á todos los patricios en las tres centurias de caballeros, sin recordar que en Italia y sobre todo en Roma, todas las fuerzas militares consistían en infantería, pues los jinetes eran pocos, como lo exigía la naturaleza del país.